

BIBLIOGRAFIA

DOLÇ, MIGUEL: *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España Antigua*. Barcelona, 1953. 272 págs.

En mayo de 1950, Miguel Dolç leía su tesis doctoral y obtenía en diciembre de aquel mismo año el premio extraordinario de Doctorado. El asunto era sumamente interesante y además muy aragonés: España y Marcial. Ahora la Escuela de Filología de Barcelona, afecta al Consejo de Investigaciones, acaba de publicar esta tesis en un volumen, pulcramente editado.

La sugestiva figura de Marcial ha suscitado, en España y en el extranjero, una abundante bibliografía, pero toda ella fragmentaria, dedicada a aspectos parciales, sin que hasta ahora existiese un estudio total que iluminase los múltiples problemas que suscita la lectura de los textos del gran poeta, acaso porque la empresa, realmente ardua, aparecía llena de dificultades. Realizar un estudio metódico de los textos de Marcial que permitiese, aprovechando los datos suministrados por la Historia y la Arqueología, reconstruir la vida hispanorromana en la Celtiberia, valorar aquéllos a la luz de los actuales conocimientos y conseguir mediante las nuevas aportaciones de la Filología la solución de viejas cuestiones era una labor que requería especialísima preparación y vocación hondamente sentida. Y esta es la tarea que Miguel Dolç, gracias a su sólida erudición, a su saber humanístico y a su amplia cultura, ha logrado llevar a feliz término.

La obra de Marcial atesora un acrisolado sentimiento de romanidad, pero ello no es obstáculo para que los afectos más íntimos del poeta se abran hacia Hispania, hacia su patria bilbilitana. En sus epigramas alienta la tierra española en toda su amplitud geográfica y con la destacada personalidad que le confieren sus energías vitales; por vez primera surge la expresión *nostra Hispania* y vemos nacer el sentimiento de la patria hispana. Con perspicaz agudeza, el autor examina el concepto de lo hispano en la obra de Marcial, estudiando los sectores geográficos mencionados en su recorrido poético; Dolç nos da la visión de la *Hispania* que conoció Marcial con sus glorias y sus recuerdos. Pero además, el fervor hispánico del epigramista se trasluce en sus abundantes menciones de conciudadanos; emperadores y filósofos, poetas como Lucano, doctos como Séneca, amigos y protectores forman una abigarrada galería de personajes que la erudición del doctor Dolç nos va dando a conocer en sus relaciones con el poeta.

Los últimos capítulos, los de mayor densidad, están dedicados a la hosca y ruda tierra de Marcial, a la Celtiberia nativa. Precisamente, su amor a Bilibilis y su admiración hacia Roma forman la robusta dualidad espiritual del poeta. Pero la Celtiberia ha desempeñado en la antigüedad el papel de núcleo cohesivo, idéntico al de Castilla en la España de los Austria; de aquí el interés del estudio que Dolç hace de esta región. Previamente, el autor ha revisado todo lo escrito hasta el presente sobre la comarca bilbilitana y ha investigado tenazmente en archivos y bibliotecas en busca de noticias inéditas. De esta forma ha logrado realizar una reconstrucción histórica de amplias perspectivas, exacta, como basada en datos de rigurosa certeza, y bellamente sugestiva, dada la profundidad de ideas desarrolladas y la perspicacia de las observaciones con que pone de relieve los rasgos esenciales de la vida en la Celtiberia. Fundándose en los textos de Marcial, traza, en cuadros animados y pintorescos, con vigorosas pinceladas, la plácida visión de aquel mundo rústico, bien amado del poeta.

Por último, Miguel Dolç acomete la difícil empresa del estudio lingüístico de los topónimos mencionados por Marcial, los *nomina duriora* de áspera resonancia. Recuerdo que Giménez Soler se lamentaba, más de una vez, de la falta de un estudio adecuado sobre estos topónimos. La empresa ha tentado a muchos, pero las enormes dificultades con que el estudioso tenía que enfrentarse enfriaban el entusiasmo más cálido. Y es en este terreno, difícil y resbaladizo, donde Dolç obtiene un éxito indiscutible. Si a todo lo largo de su tesis, el autor se vale de una abundantísima bibliografía, en esta última parte, el trabajo bibliográfico es realmente abrumador y exhaustivo; no hay opinión que no recoja ni autor que no mencione.

En fin, esta tesis es no solamente la obra más completa sobre los textos del poeta bilbilitano, en cuanto a su valor como pieza histórico-documental, sino, también, uno de los mejores estudios sobre la *Hispania* en los primeros siglos del Imperio. Yo estoy seguro de que en la perspectiva histórica de la investigación regional relativa al período romano, este libro marcará un hito; hay en él un impulso poético, un hálito creador que influirá, indudablemente, en la renovación de los estudios latinos en Aragón.—*Federico Balaguer.*

ALVAR, MANUEL: *El dialecto aragonés*. Madrid, Editorial Gredos, 1953. 403 págs.

No vacilamos en afirmar que esta obra del profesor Alvar, catedrático de la Universidad de Granada, señalará una huella indeleble en el campo de la lingüística románica. Quien tenga presentes diversos trabajos suyos que con anterioridad dedicó al estudio de la dialectología aragonesa (algunos de ellos publicados en esta misma revista), reconocerá que él era sin duda el más indicado para llevar a término la difícil empresa. Hablar de rigor científico y de perfecta sistematización resultaría ahora innecesario para quien conozca la seria y sólida personalidad del joven profesor.

La obra, de la cual aquí sólo pretendemos dar una noticia breve y objetiva, comprende tres grandes apartados, titulados «La Edad Media y el dialecto», «Textos y documentos dialectales» y «Evolución histórica del dialecto». El primero sirve de riquísimo pórtico a la arquitectura de la obra: se estudian en él las regiones aragonesas y la Reconquista, las grafías, el latín popular aragonés y la onomástica personal en los documentos. El simple anuncio de estos temas acusa un mundo complejo de factores históricos, geográficos, humanos y lingüísticos: sólo indagándolo profundamente ha podido Alvar determinar las diferencias lingüísticas y precisar hasta qué punto hay una continuidad entre lo que de la Edad Media conocemos y los materiales que suministran los dialectos de hoy.

Entre las colecciones de documentos dialectales analiza los archivos, los textos y la literatura aragonesa, ésta a partir del siglo XIII hasta nuestros días. Exhaustivo, como este análisis, debe de ser el de los estudios sobre el aragonés, con el cual nos ofrece el mejor guión bibliográfico, sabiamente razonado, de la dialectología aragonesa. Un esquema de lo hecho desde 1947 completa su valioso cuadro, abarcando los estudios de conjunto, la historia lingüística, la fonética y la morfológica, la toponimia, las hablas vivas y la geografía lingüística, las ediciones y estudios de textos y la lexicografía.

La evolución y las características del aragonés ocupan el último apartado, que es, lógicamente, el más extenso. Fijadas previamente las fronteras del dialecto, estudia el autor su fonética, morfológica, sintaxis y léxico. Entre los capítulos que han llamado con más fuerza nuestra atención, debemos subrayar los dedicados al verbo y a los sufijos, así como a la exposición de los diversos elementos del léxico: elementos prerromanos, elementos comunes con las hablas galo-románicas; se mencionan también las relaciones entre el léxico aragonés y el catalán.

El libro concluye con una serie de utilísimos índices de localidades, de materias y de palabras, escrupulosamente clasificadas. Veinte mapas ilustran los diversos fenómenos lingüísticos. La obra, que lleva el núm. III de los «manuales» de la «Biblioteca románica hispánica», dirigida por Dámaso Alonso, será desde ahora indispensable para quien afronte cualquiera de los diversos aspectos de la lingüística aragonesa; en ella encontrará particularmente una luminosa ayuda el que se dedique a la investigación y explicación de la toponimia altoaragonesa, que ahora ya nos parece necesario emprender en sus diversas etapas. Sería, en efecto, inútil advertir que el alto Aragón ocupa un papel hegemónico casi en todas las páginas de este libro.—*Miguel Dolç.*

CHAMOSO LAMAS, MANUEL: *Las pinturas de las bóvedas del convento de la Mantería de Zaragoza*.—TORRALBA SORIANO, FEDERICO-B.: *La villa de Monterde y sus retablos*.—ID.: *Los tapices de Zaragoza: piezas góticas de la colección del Cabildo*. «Cuadernos de arte aragonés», núms. 4, 6 y 7. Zaragoza, 1953.—TORRALBA, FEDERICO: *Catedral de Tarazona*. Zaragoza, 1954.

La sección «Cuadernos de arte aragonés» de la Institución «Fernando el Católico», de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, se ha enriquecido con tres nuevos títulos. El número 4 es *Las pinturas de las bóvedas del convento de la Mantería de Zaragoza*; su autor, Manuel Chamoso Lamas. En 1663, los Agustinos de Zaragoza comenzaron las obras del Colegio de su Orden, aprovechando unas casas sitas cerca del Coso, denominadas de la Mantería. Las obras terminaron en 1666. Del conjunto de construcciones sólo se conservan el templo y el claustro contiguo, el primero de gran severidad arquitectónica, de planta de cruz latina. En 1683 decoró las bóvedas con pinturas al temple el famoso Claudio Coello, discípulo de Rizi, con espléndida riqueza de efectos decorativos, que suplen con ventaja la carencia de ornamentación arquitectónica. El autor las estudia y las reproduce en veinte láminas.

El número 6 se titula *La villa de Monterde y sus retablos*. El profesor Federico B. Torralba examina el templo parroquial, con su torre mudéjar, y varias obras de arte que contiene, la principal el retablo mayor, de talla vigorosa estofada y policromada al final del siglo XVI. Mayor interés ofrece el retablo principal de la ermita de Nuestra Señora, acaso procedente del monasterio cisterciense de Piedra; de tablas pintadas al principio del siglo XV, con sugerencias de Luis Borrassá, Ramón de Mur (el maestro de Guimerá) y Cabrera, autor del ya famoso retablo de Arguis, hoy en el Museo del Prado. La imagen de la Virgen es talla de tipo popular, del siglo XIII o del XIV.

Del mismo Torralba Soriano es el fascículo 7, que trata de las piezas góticas de la colección de tapices del Cabildo Metropolitano de Zaragoza, conseguida por donaciones de diversos prelados, como Dalmau de Mur y Alonso de Aragón, a quien le fueron dados algunos tapices por su padre el Rey Católico. El autor examina brevemente—después de un preámbulo sobre el arte del tapiz—los diversos ejemplares conservados en la Seo zaragozana, de este período. El más antiguo es, quizás, un fragmento representativo de la escena de la Crucifixión, posible obra del siglo XIV, con resabios italianizantes y detalles iconográficos curiosos. El de las Naves, el primero de una serie de tres paños, que narraban la leyenda de Bruto, de Geofroy de Monmouht. La serie de la Pasión, de los grandes tapices donados por el citado prelado Dalmau de Mur, de dibujo elegante. La de la exaltación de la Santa Cruz, que se conserva completa en dos grandísimos paños, siguiendo en las «historias» la leyenda de Jacobo de Voragine, cuyo estilo guarda relación con los de la guerra de Troya, de la catedral de Zamora, tejidos en la segunda mitad del siglo XV. Los tres tapices de la reina Esther, de gran suntuosidad; y el tapiz de Jepté, acaso el más bello de los góticos de esta valiosa colección; hay

otro ejemplar del mismo tema, con ligeras variantes en el colorido. Antes de ahora todos han sido estudiados por Bertaux, Abizanda, Galindo y otros; pero este resumen crítico de Torralba contribuirá a la divulgación de tan interesante aspecto del arte ornamental suntuario en la época gótica. Acompaña veinte reproducciones.

En la serie monográfica «Monumentos de Aragón», el mismo autor ha escrito la de la catedral de Tarazona, utilizando datos documentales del que fué canónigo de aquélla don José María Sanz Artibucilla. Es una útil guía del celebrado monumento, abundante en retablos y sarcófagos del mejor momento. A la historia del templo sigue la descripción del mismo, tanto del exterior—su cimborrio es una réplica del de la Seo de Zaragoza, como el de la catedral de Teruel—como del interior, naves, capillas, coro, girola, claustro, más el tesoro, las obras de orfebrería y pinturas. El autor omite que la Custodia mayor la terminó el orfebre de Pamplona José Velázquez de Medrano, en 1596, antes de contratar la de la catedral de Huesca (1596-1601); de hermoso estilo clásico, con relieves del Cenáculo y otras escenas alusivas a la Eucaristía; el Nacimiento, la Transfiguración y la Resurrección, la coronación de la Virgen por la Santísima Trinidad y la estatuilla simbólica de la Eucaristía. Y omite asimismo que el magno busto-relicario de San Gaudioso lo labró el platero Andrés Marcuello. En la bibliografía echo de menos la referencia del discurso del mencionado Sanz Artibucilla sobre el orfebre Andrés Marcuello, y su artículo periodístico acerca de la obra de la Custodia mayor. La guía va ilustrada con 52 láminas según fotos de desigual nitidez.—*Ricardo del Arco.*

Recuerdo póstumo del ingeniero Excmo. Sr. D. Joaquín Cajal Lasala. Su vida y su obra. Madrid, 1952. 157 págs.

Para gran parte de la juventud oscense de hoy, esta publicación miscelánea en memoria de don Joaquín Cajal Lasala será—lo ha sido también para nosotros en algunos aspectos—una revelación. Cajal, ilustre ingeniero, genial proyectista, iniciador y creador de múltiples empresas, pasó su vida trabajando silenciosamente por el bienestar de Aragón y de su Huesca bien amada. Esta fué una de sus notas características, su amor apasionado, exaltado, por la ciudad natal. Lorenzo Pardo, condiscípulo suyo, ha dicho, y con razón, que «Cajal no hizo su carrera indeterminada y genéricamente, sin condiciones ni programa. La suya no fué la de ingeniero de Caminos, sino la de ingeniero de Obras Públicas de Huesca y para Huesca, no para Aragón, sino precisa y exclusivamente para Huesca». Y sin embargo, su obra ingente es casi desconocida de los oscenses, bien es verdad que, como ha dicho Menéndez Pidal, la antigua sentencia de que ningún profeta fué acepto en su tierra no tiene más excepción que la de las eminencias caseras, muy famosas, pero solamente en su pueblo. Por eso es un acierto la publicación de este volumen que, como se indica, apunta hacia el futuro y está dedicado especialmente a las jóvenes generaciones.

El libro lleva un prólogo de don Vicente Cajal y a lo largo de sus páginas se recogen juicios, artículos laudatorios y otros recuerdos del gran ingeniero y, sobre todo, se dan amplios extractos de los proyectos más importantes a él debidos. Son éstos el de los Grandes Riegos, pantano de Vadiello y ferrocarril Cantábrico-Mediterráneo. A través de las páginas que comentamos, aparece, con trazos firmes y claros, la trascendental tarea realizada por Cajal. Llevó a cabo además una gran labor al frente de la Jefatura de Obras Públicas de la provincia, proyectó y dirigió la construcción de varias carreteras altoaragonesas e intervino en numerosas empresas. A medida que transcurre el tiempo, mientras se va desvaneciendo el recuerdo de muchos personajes, su figura adquiere una proyección extraordinaria.

Esta publicación evoca medio siglo de la historia oscense, con sus ansias de nuevos

horizontes, sus esperanzas y sus inquietudes. El lector encontrará en sus páginas temas de honda meditación y una información de primer orden acerca de las obras públicas en nuestra región. El volumen está editado con esmero y va ilustrado con fotograbados y dos mapas, correctamente trazados.—*Federico Balaguer*.

RAMIS ALONSO, MIGUEL: *Don Miguel de Unamuno. Crisis y crítica*. Murcia, 1953. 314 págs.

Sin duda el presbítero mallorquín don Miguel Ramis Alonso gusta de enfrentarse con las figuras más discutidas, convertidas en banderas políticas, de la cultura española contemporánea. Reciente aún su estudio sobre Ortega y Gasset, que no contentó ni a unos ni a otros—prueba indirecta de su acierto—, ha emprendido la tarea de enjuiciar a Unamuno, no al de carne y hueso, sino al vivo, al que anda en manos de los lectores, con la voluntad de ser siempre exacto y comedido, aunque esto cueste tratándose de Unamuno. No entra, por tanto, el autor, modelo de sensatez y de persuasión, en la «polémica de intereses, de miras, de disparos de largo alcance», entablada en torno de la compleja figura. Miguel Ramis ha leído a Unamuno «en paz y gracia de Dios», sin prejuicios, y lo ha comentado con estricta honradez, considerándolo como «un valor intelectual español, que hay que estimar debidamente, a fin de que nos sirva de estímulo en sus aciertos y de escarmiento en sus engaños».

El estudio y comentario de innumerables aspectos del pensamiento de Unamuno están expuestos en setenta y tres capítulos, casi todos muy breves. Pero la brevedad armoniza aquí con una extraordinaria claridad y eficacia de síntesis, acusando en cada una de sus partes una inteligente manera de leer, de pensar y de escribir. El libro debe de haberse escrito capítulo a capítulo, día a día, no empezando el segundo sin releer el primero. Por ello el análisis de Ramis Alonso es a menudo de extensión microscópica. Baste citar como ejemplo los capítulos titulados «Miedo» o «No canonizar, ni quemar». Para conseguir estos resultados, que no implican un encumbramiento idolátrico de Unamuno ni su derrumbamiento bajo el peso de los errores o de las imprecisiones, el autor ha cotejado, frente a los escritos originales del Rector de Salamanca, los estudios de Oromí, Marías, Benítez, Ferrater y González Caminero, señalando su predilección por los dos primeros.

El libro va precedido de unos datos biobibliográficos, de gran utilidad para seguir el proceso de la personalidad ética y literaria de Unamuno. Finamente prologado por Adolfo Muñoz Alonso, lleva el núm. 4 de la colección «Aula de Ideas» de Murcia. En la bibliografía unamuniana ocupará sin duda un lugar relevante y personal, sin arrebatar seguramente el aplauso de los entusiastas y sin encantar a los detractores del genial escritor. Adolfo Muñoz lo prevé así en sus palabras liminares; no creo que su apreciación sea desmentida. Miguel Ramis habrá cumplido sabiamente su misión potenciando como debe la obra elegida.—*Miguel Dolç*.

BESCÓS, MARÍA CRUZ: *¡Que no se lo lleve el viento!* Librería General. Zaragoza, 1953. 190 págs.

Con garbo y resolución, temperamentales, irrumpe en el mundo literario una nueva escritora que se revela con acusada personalidad. Fruto cuajado de su fina formación humanística y cultural, según la tradición clásica tan diferente de las esporádicas intuiciones, autodidactas, de nuestros días. Claro está que, originaria de vieja estirpe altoaragonesa de doble abolengo aristocrático, por la sangre y la cultura, había de llevar

honrosamente hasta sus últimas consecuencias el preciado legado paterno, que recibiera desde la cuna. Así lo formula, tal vez sin pretenderlo, en las deliciosas páginas de su obra, esmaltadas de primorosos trabajos literarios que se leen con fruición.

Formada en un ambiente de selección, asidua lectora de los maestros universales, dotada de una sensibilidad refinada, María Cruz Bescós nos ofrece las primicias exquisitas de su arte sutil de narradora, en la obra cuyo título encabeza esta crítica. Su prosa, ágil y vivaz, su versatilidad descriptiva, su luminoso ingenio, actualizan las mejores páginas de «Silvio Kossti» cuya influencia rectora impregna, en parte, la producción de su heredera directa.

Constituye la obra una bellísima serie de preciosos artículos de varia índole que, independientes entre sí, centran todos y cada uno de ellos, no obstante, la atención del lector cautivándole, continuamente, merced al sostenido y diverso interés argumental que despiertan. Muy variados los lugares de acción, correlativamente asimismo sufren alteraciones las gamas y tonalidades paisajísticas que, siempre acertadas, adquieren vigorosos acentos de solemnidad ritual ante la imponderable grandeza de los macizos pirenaicos, con «la frente alta llena de aristas, y en la falda el opulento terciopelo verde de sus pinares». Mientras que el léxico, constantemente nutrido y selecto, adquiere entonces sonoridades épicas, en acusado contraste con los delicados lirismos del diálogo que tiene atisbos arcádicos y ciertas reminiscencias clásicas.

Desde luego se advierte el firme propósito de la autora de resistir a la comodidad y al grato «nirvana» en el que se mecen a veces incluso plumas doctas, sometiendo la suya al mental ejercicio de una prudente disciplina interior. Consciente de que la espontaneidad, la fluidez y la naturalidad literarias únicamente se logran purgándose de vulgaridades, y en porfiada lucha contra el socorrido género de la necedad favorecido, a veces, por clamorosos éxitos multitudinarios y crematísticos.

No nació sin padre y desamparado el libro este como, por cierto modestamente, se confiesa en el prólogo. Puesto que, rápidamente, le apadrinó la crítica, y el público lector noticioso del favorable veredicto acogiólo como a lo más florido de las cumbres del Pindo. Porque también la inspiración de las musas propicias, sintiendo la llamada emotiva de nuestra escritora, acudió a respaldar, con su aliento, aquellos afanes creadores.

Magnífica la tipología humana, en general, y de un modo especial los personajes aragoneses. Baturros auténticos de nuestro «bendito Somontano colocado bajo la excelsa guarda de una Virgen bellísima, la Virgen del Viñedo, que tiene sus pueblos cobijados al amparo de los montes de Guara», en frase poética de su autora. Petra y Barbereta, Meterio y Doviges podrían figurar en el soberbio censo de figuras literarias de López Allué, pese a sus breves intervenciones orales que, más dilatadas, habrían sido gala y decoro semejantes a las preciadas actitudes de aquéllos. Inefables menesteres domésticos dignos de emular las glorias gastronómicas de la famosa donostiarra «Nicolasa» y de la selecta «Parabere», fervorosamente elogiadas por María Cruz Bescós, buena intérprete de sus creaciones suculentas!

A proseguir pues, sin desmayos, la tarea emprendida queda obligada quien tan felices disposiciones tiene. Y nos ofrece con estilo elegante en una prosa transparente, limpia, poética y trabajada por las buenas maneras literarias, con asiduidad y perseverancia ejemplares. Para «que este maravilloso Alto Aragón, que se quedó silencioso y arrinconado, levante un poco su voz»—como dice el prólogo—y aquella fuente cantarina prosiga dando «fuerza y raíz de vida a tipos baturros, ya escasos, que aún usan cachirulo».—*Salvador María de Ayerbe.*

ARTÍCULOS

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Gonzalo, rey de Sobrarbe*. «Pirineos», núm. 24, año VIII (1952), págs. 299-325.

Debido a la escasez de noticias, la bibliografía sobre el efímero reinado de Gonzalo, hijo de Sancho el Mayor, es casi nula. Últimamente fray Justo Pérez de Urbel le ha prestado alguna atención en su reciente obra *Sancho el Mayor de Navarra*, actualizando viejos problemas relacionados con el reino de Sobrarbe. Ahora, Antonio Ubieta, que viene trabajando asiduamente en poner al día la historia aragonesa del siglo xi, aborda este tema en la revista «Pirineos».

Con buen método crítico, el autor ha revisado una porción de documentos procedentes de la colección Ibarra. Como es sabido, el editor de esta colección, por diversas circunstancias, no pudo realizar la corrección de fechas ni dilucidar su autenticidad documental. Mediante un detenido análisis, Ubieta Arteta ha rechazado algunos documentos por considerarlos, acertadamente, falsos. Es de esperar que el autor prosiga en esta labor depuradora, rechazando otros documentos admitidos por los historiadores, por ejemplo, la donación de Aznar de Atón, señor de Tena, de 26 de diciembre de 1039, utilizada por fray Justo para fundamentar su teoría sobre las relaciones entre Ramiro I y Gonzalo. Se trata, nada menos, que de un fragmento del célebre diploma de Alaón, la conocida falsificación de Pellicer, que Ibarra editó sin mencionar la fuente.

La rectificación de fechas permite a Ubieta fijar los años del reinado de Gonzalo. Alarga el episcopado de Mancio hasta 1037, fecha admitida por fray Justo en su citada obra y por mí en mi trabajo *Los límites del obispado de Aragón y el concilio de Jaca de 1063* (Zaragoza, 1950). Revisa también la desmesurada extensión que se daba al reinado de Sobrarbe y se extiende en atinadas consideraciones sobre la división de los estados de Sancho el Mayor. En suma, un trabajo lleno de interesantes conclusiones y sugerencias que abre amplias perspectivas al estudio de los reinos de Aragón y de Sobrarbe en el siglo xi.—*Federico Balaguer*.

POST, CHANDLER RATHFON: *Una obra posible de Santa Cruz*. «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», fasc. LVIII-LX (Valladolid, 1952)

Chandler Post, el fecundo investigador de la historia de la pintura española, prosigue sus interesantes trabajos, revisando las atribuciones de ciertas obras. En este artículo, se ocupa de Santa Cruz, el aún mal comprendido rival de Pedro Berruguete y Juan de Borgoña, que, a su juicio, podría ser el autor de la impresionante tabla de la iglesia de San Juan de Ortega. El autor razona con acierto, fijándose sobre todo en el estilo que revelan varias secciones del retablo mayor de la catedral de Avila y la tabla del Bautismo de Jesús en la capilla de los Reyes Viejos de la Catedral de Toledo, que muestran sorprendente analogía de estilo con la tabla de San Juan de Ortega. Post sigue pensando en la posible influencia flamenca de Santa Cruz. El interés de este artículo para nosotros se basa, sobre todo, en ciertas analogías del estilo de Santa Cruz con algunas tablas altoaragonesas, analogías que pueden explicarse por una común influencia flamenca.—*Federico Balaguer*.

PERICOT GARCÍA, LUIS: *La cultura megalítica en Aragón*. «Pirineos», núm. 25, págs. 485-492.

El profesor especialista en antigüedades prehistóricas, don Luis Pericot, da en este artículo—originariamente conferencia—un resumen del estado de la cuestión, precedido de algunas consideraciones acerca de los megalitos. En el momento actual, esta cultura megalítica pirenaica española está delimitada por una línea que empieza en el valle de Ayala, en Alava, y su límite con Vizcaya; sigue por la orilla del Ebro y se dirige luego a la sierra de Urbasa en dirección a Pamplona, desde donde va a buscar las últimas sierras paralelas a la cadena pirenaica: sierra de Guara-Montsech, desde donde vuelve a torcer hacia el Sur, alcanzando el ángulo Norte de la provincia de Tarragona, y de aquí las cercanías de Barcelona.

Cuanto a la provincia de Huesca, la primera cita segura fué la del dolmen de Biescas por Herraiz, en 1933. El año siguiente, Ezquerria y Almagro dieron cuenta de los dos de dicha localidad; y en 1935, Almagro publicó los resultados de su exploración. El mismo dió a conocer los dólmenes de Guarrinza, sobre Hecho, en 1942 y 1944, y en 1942 dió cuenta del de Rodellar. En 1950, Pericot publicó los datos que le facilitó Violant Simorra, descubridor de dos dólmenes en Cornudella. En total, serán de once a quince los dólmenes conocidos hoy en la alta provincia de Huesca. De ellos tenemos siete plantas publicadas y aprovechables; pero hay que revisarlas. De las siete, seis (dos de Biescas, dos de Cornudella, la de Rodellar y la de la Casa de la Mina, en Guarrinza) son de simples cistas de tres losas laterales, entrada abierta y una losa de cubierta. Una sola, la de la Casa de la Mina, aparece como cista cerrada, rectangular y estrecha; pero el autor no se atreve a deducir conclusiones definitivas en tanto no se rectifiquen y unifiquen las plantas. Queda un ejemplar de sepulcro de corredor: el de Piedras Fitas, de cinco metros y medio de longitud y anchura de dos en la cámara y 1,6 metros en el corredor. El autor describe cada uno de los dólmenes. Los hallazgos efectuados en estos sepulcros no son muchos, pero caen dentro de lo que sabemos en el resto de la cultura pirenaica (fragmentos de cerámica en Las Fitas, sílex, colgante, azabache y huesos pulimentados). En Rodellar, huesos humanos, puntas de flecha, hachas, raspador, punzón de bronce y fragmentos de cerámica. Opina el doctor Pericot que serán a centenares los que llegarán a conocerse en el alto Aragón. Exceptuado el sepulcro de corredor de Guarrinza, los restantes coinciden con las formas que se dan en las zonas montañosas del país vasco y de Cataluña. El problema clave de la cronología no se aclara con los hallazgos que poseemos del alto Aragón. El tema tiene un interés extraordinario para el problema etnológico del Pirineo, y concretamente para el enigma vasco. Estos pastores del neolítico y del comienzo de la edad de los metales, en el Pirineo, bien pudieran ser los antepasados más próximos de los vascos históricos.—*Ricardo del Arco*.

LACARRA, JOSÉ MARÍA: *Gastón de Bearn y Zaragoza*. «Pirineos», núm. 23, año VIII (1952), págs. 127-136.

Este artículo que comentamos fué presentado por su autor a la sociedad zaragozana «La Cadiera» y distribuído entre sus miembros, siendo publicado más tarde en la revista «Pirineos». Se trata de una serie de interesantes noticias sobre Gastón de Bearn, relacionadas todas ellas con Zaragoza. José María Lacarra, profundo conocedor de la historia aragonesa del siglo XII, evoca la figura del gran vizconde del Bearn, consejero militar de Alfonso el Batallador. Su principal empresa guerrera fué la conquista de

Zaragoza: documentos y crónicas están de acuerdo en señalar el papel preponderante que tuvo Gastón en aquel ruidoso hecho de armas. Es muy significativo a este respecto el fragmento de un cronicón del siglo xv, conservado en el Escorial.

Consecuencia de su intervención en la reconquista de Zaragoza fué el señorío que en ella ejerció. El, juntamente con el Justicia y los «partidores», repartiría entre los vencedores las casas y heredades de la ciudad. Durante muchos años sus descendientes percibieron 700 sueldos jaqueses de las rentas de Zaragoza. Más tarde, doña Constanza, quinta nieta de don Gastón, cedió al monasterio de Santa María de Salas, en Estella, estos derechos. El autor publica además la interesante lápida sepulcral del obispo de Lescar Guido de Lons y un facsímil y transcripción de un documento de doña Talea.—*Federico Balaguer.*

ARCO, RICARDO DEL: *Fundaciones monásticas en el Pirineo aragonés.* «Príncipe de Viana», año XIII (Pamplona, 1952), núms. XLIII y XLIX.

Las fundaciones monásticas del Pirineo aragonés, de remoto abolengo, han tentado en múltiples ocasiones la curiosidad de los historiadores; se ha ido formando así una amplia y vastísima bibliografía, cuyo conocimiento es indispensable a todos los que intenten realizar trabajos de historia eclesiástica aragonesa. Primero, los historiadores de los siglos xvi y xvii, algunos verídicos y dignos de crédito, como Zurita; otros, patrocinadores de leyendas y hechos fabulosos, como Briz Martínez y La Ripa. Después, los autores críticos del siglo xviii, el Padre Huesca, Traggia y la legión de pacientes investigadores que renovaron los estudios históricos. Por último, las numerosas monografías de la época moderna. Pero no siempre es fácil consultar tan abrumadora bibliografía y de esta falta se resienten algunos trabajos actuales que nos dan como novedades hechos conocidos ya hace dos siglos.

Para obviar estas dificultades, Ricardo del Arco ha publicado el presente trabajo que es una visión de conjunto, fundamentada en una amplia bibliografía, que prueba lo sólido de su erudición. Por su parte, el autor da a conocer noticias inéditas basadas en documentos de los archivos aragoneses y del General de la Corona de Aragón. Del Arco divide los monasterios en tres grupos: aragonés, sobriense y ribagorzano. El primero es, naturalmente, el más importante y del que se dan más copiosas noticias. La vida de los monjes, su organización, su influencia en los acontecimientos históricos, la liturgia y la cultura son ampliamente estudiados, así como también su desarrollo posterior, si bien, como es natural, la mayoría de las noticias se refieren a los siglos xi y xii, en que los monasterios del Pirineo alcanzan su mayor esplendor. Daríamos a esta recensión una extensión desmesurada si hubiésemos de analizar los puntos importantes de este interesante trabajo, de agradable lectura, no obstante su docta erudición, publicado en la veterana revista navarra «Príncipe de Viana».—*Federico Balaguer.*

TORRES BALBÁS, LEOPOLDO: *La iglesia de Santa María de Mediavilla, catedral de Teruel.* «Archivo Español de Arte», abril-junio 1953, págs. 81-97.

Teruel es ciudad solamente desde el año 1357, por merced de Pedro IV. Se ignora cómo se formó la villa, no mencionada entre las musulmanas de España, repoblada tal vez como fortaleza contra la morisma levantina. La catedral, disfrazada por múltiples reformas y adiciones, fué primero parroquia de Santa María de Mediavilla, colegiata a partir de 1423, catedral en 1577; templo mal estudiado. La torre fué construida antes

que las naves del templo, adosadas éstas a su muro oriental, ocultando en parte su decoración. Es la más antigua de las cuatro torres medievales subsistentes en Teruel. Sus caracteres arquitectónicos no contradicen la fecha de 1257-58, dada documentalmente para su comienzo. Se ha afirmado erróneamente que la Catedral fué primero iglesia de una nave, y que al ascender a templo catedralicio en 1577, fueron agregadas las laterales. Al principio fué de tres naves de mampostería y ladrillo. La techumbre de la nave mayor es obra excepcional, por su estructura, su talla y la decoración pintada que la cubre por completo. Entre la fecha 1339, de terminación de la cabecera, y 1257-1258, de la obra del campanario, fueron construídas las naves. Con la modesta y desnuda fábrica de albañilería contrasta por su riqueza e importancia la de los carpinteros, es decir, el alero y la citada armadura de la nave mayor, de par y nudillo, la más antigua que se conserva en España, donde no queda ninguna almohade; superior en todos los aspectos a las sencillísimas de ese período que cubren las naves de algunas mezquitas marroquíes, y cabeza de una espléndida serie mudéjar cuyos últimos ejemplares aun se labraban en el siglo xvii. El fragmento de alero es también ejemplar aislado y único, de procedencia musulmana, si atendemos a su semejanza con los de Granada y Málaga, del siglo xvi.

El cimborrio fué levantado en 1538 siguiendo el de la iglesia metropolitana de Zaragoza. El maestro moro Yuzaf, de la cabecera del templo, y el pintor eran vecinos de esta capital. Aquélla es una traducción al ladrillo de una iglesia gótica levantina de tres naves. Cuanto a la cerámica de las torres de Daroca y de la catedral de Teruel, se plantea el problema de su procedencia, y, en general, de la cerámica de las torres mudéjares aragonesas. No cabe hoy sino un interrogante. Puede responder a la tradición de alminares de esta región y de la levantina; tal vez proceda de la arquitectura bizantina directamente, o a través de Italia.

Tales son las conclusiones a que llega el autor de este artículo.—*Ricardo del Arco.*

ARCO, RICARDO DEL: *La «dueña» en la literatura española.* «Revista de Literatura», abril-junio 1953.

En sus copiosísimas lecturas, Ricardo del Arco ha tropezado insistentemente, como todo lector, con las «dueñas», tan honradas—sí, algunas lo fueron—y tan satirizadas por los mejores ingenios. Pero se necesita la gran capacidad de trabajo y de captación del autor para papeletear en viejos documentos y en floridos clásicos esta divertida y erudita autobiografía, que en torno a las dueñas nos ofrece. Desde los orígenes, fundamentados en menciones medievales, hasta los últimos ecos de los siglos de oro, desfilan, hilarantes y doctas, ante nuestra vista encantada, siluetas y descripciones, malicias y astucias, diálogos y agudezas, refranes y dichos que las ponen «como no digan dueñas» o «como digan dueñas», que de los dos modos perdura aún el dicho. La sabiduría histórica y literaria de Del Arco sitúa los autores, ilustra las alusiones y va engarzando en elegante prosa las mil alegaciones de textos graciosos y sugestivos. Aún hace con erudición algún *excursus*, como el del uso clásico, que hoy se condenaría como galicismo, del verbo «defender» con significación de prohibir. Resumiendo: se trata de un ensayo ejemplar por doctrina, amenidad y plenitud de documentación.—*José Artero.*